

El Extraño

Sil Sant



Capítulo 1

El Extraño

La crisis la había iniciado él, por sus celos, obsesionado con la presencia de un hombre, un extraño, al que ella aseguraba no conocer ni haber visto nunca y si bien al cabo de un tiempo la sombra de ese otro hombre pareció por fin desvanecerse de la mente de él, un residuo de duda que terminó por enquistarse lo volvió frío y distante. Para entonces ella se preguntaba que inercia la empujaba a seguir al lado de alguien que había cambiado tanto y creyó que podía encontrar la respuesta en este viaje al que él accedió tal vez por la misma inercia, que como una extraña fuerza de atracción los mantenía unidos.

Subieron al avión, se acomodaron en sus respectivos asientos e intercambiaron unas pocas palabras. Ni bien la nave despegó él cerró los ojos y se quedó dormido.

Un murmullo creciente de voces amaneciendo lo despertó, el resplandor del día lograba filtrarse por algún desconocido resquicio aunque las ventanillas permanecían todavía cerradas. Al desperezarse vio el asiento de su acompañante vacío – ¿Dónde estará Ana?-- se preguntó tomándose la ausencia con inusual tranquilidad (Tal vez porque la indiferencia se había impuesto a los celos, o porque previamente había estudiado al pasaje y sabía que el extraño no estaba en ese avión).

Todavía con la resaca del sueño, se levantó para estirar las piernas y de paso caminó hacia el baño creyendo que se encontraría allí con su esposa, pero en vez de eso encontró a una fila de personas somnolientas, que como él coincidieron en estirar las piernas y pasar por el baño, por lo que no le quedó más remedio que esperar, resopló con fastidio y se apoyó contra el respaldo de un asiento. -- ¿Que estoy haciendo aquí? – pensó mientras que con ambas manos se restregó la cara para despabilarse. Una voz de mujer lo sacó del embotamiento, buscó hasta que vio a la pareja que conversaba, ella hablaba, el hombre la miraba embobado, notó que era una mujer hermosa, todo en ella le resultó atractivo, la manera de mover las manos, la curva de los labios cuando sonreía, los ojos de color verde que se mimetizaban con la blusa escotada que llevaba puesta, se dio cuenta que él también estaba cautivado, al punto de no poder quitarle los ojos de encima. Aunque ella pareció no reparar en su presencia, el hombre que la acompañaba lo miró en varias ocasiones con tal intensidad que él intimidado se vio obligado a bajar la vista, pero luego sus ojos volvían a buscarla – Si estuviera sola ... – conjeturó e inmediatamente recordó que él tampoco viajaba solo.

Cuando le tocó el turno en el baño, la imagen que le devolvió el espejo lo enfrentó impertinente, se lavó la cara, mojó sus cabellos para despejarse, y así se vio mejor, se enjuagó la boca, respiró hondo y después de darse un par de palmadas en las mejillas ordenó mirándose a los ojos – ¡Vos tranquilo!. Estas viajando con Ana, no estas solo.-- Y luego se dirigió hacia

su asiento, pero cuando pasó junto a la pareja, no pudo evitar echar una mirada nada disimulada a la mujer. Al llegar a su lugar comprobó que la butaca de Ana aun permanecía vacía. – Donde quiera que se haya metido va a tener que volver cuando el avión aterrice.-- pensó.

Tres hileras mas adelante conversaba la pareja, si estiraba el cuello alcanzaba a ver las cabezas, en especial la de ella, con el cabello renegrado y ondulado. Inconfesables fantasías pasaban por su mente al ver aquellos cabellos y ese perfil, y al recordar el profundo escote que ahora escapaba de su vista, hasta que debía desviar la mirada al ser descubierto por el hombre, y en cuanto este se distraía otra vez arremetía en sus ensueños con la desconocida, y así siguió el resto del viaje.

Cuando el avión aterrizó, se encontró solo en el aeropuerto sin noticias de Ana.

-- ¿Por qué me hace esto? -- se preguntó, con mas desconcierto que enojo.

Buscó por toda la terminal, por ultimo luego de hacer el trámite de ingreso, quedó en el sector donde se recogen los equipajes, supuso que la broma de Ana debía culminar allí. Y de pronto lo asaltó esa imagen mental devenida del pensamiento que acababa de tener, que a su vez había sido su temor mas grande --¿Y si se fue con el extraño? -- Sintió que el corazón le iba a estallar al ritmo de la creciente angustia que terminó por invadir cada rincón de su cuerpo.

Por la banda transportadora vio aparecer la maleta azul envuelta en celofán y con la cinta roja que ella le había puesto para reconocerla, la tomó, leyó la etiqueta identificatoria: "Ana Lombardo y Ricardo Encinas", decía. Ya con el equipaje en su poder se quedó allí parado girando la cabeza en todas las direcciones.

Hasta que vio a la pareja del avión.

-- ¡Allá está! -- exclamó el hombre que furioso se encaminó hacia él.

Antes que pudiera reaccionar, un puño cerrado le dio de lleno en la cara y mientras se sentía en el aire cayendo al suelo oyó la voz de Ana.

-- ¡Ricardo! ¿Qué hiciste?

Todavía estaba conciente, desparramado en el piso, aunque tenía la mandíbula dolorida y le parecía que el cerebro le temblaba adentro de la cabeza, aun así intentó responderle, explicarle que él no había hecho nada, excepto esperarla allí con el equipaje de ambos.

-- Me tenía cansado este tipo. -- escuchó decir al sujeto que lo había golpeado -- siempre al asecho, mirándote, creo que por fin ahora nos va a dejar en paz.

Antes de cerrar los ojos vio a Ana alejarse, con ella iba el hombre que cargaba con la maleta, su maleta. Por un instante, previo a desmayarse, tuvo la revelación inexplicable que el extraño, y el hombre que se iba con Ana eran uno, él mismo.

